

MIRADAS DEL DESIERTO. NIÑOS SAHARAUIS RETRATAN LA SOCIEDAD OCCIDENTAL

VIEWS FROM THE DESERT. CHILDREN FROM WESTERN SAHARA MAKE A PORTRAIT OF OUR SOCIETY

Ainara Miguel Sáez de Urabain, Laura Martínez García y

Patricia Monteserín Leiva

Universidad de Burgos

Resumen:

En 1966, los investigadores norteamericanos John Adair y Sol Worth prestaron siete sencillas cámaras de vídeo a siete Navajos para que grabaran sus propias películas a su manera, con una mínima instrucción técnica. La experiencia fue todo un éxito; los indios lograron reproducir en las imágenes tanto su propia concepción del mundo como su lugar en él.

Este proyecto pretende reproducir aquel ensayo, entregando diez cámaras fotográficas a veinte de los niños y niñas saharauis que el pasado verano de 2009, gracias a la Asociación Burgalesa de Amigos del Pueblo Saharaui, dejaron atrás los campamentos de refugiados para pasar sus vacaciones en la provincia.

Permitimos que, durante los meses de julio y agosto, los niños fotografieran aquello que consideraran digno de fotografiar del modo en que prefirieran. Así, no sólo se retrataban a sí mismos, sino que también nos representaban a

nosotros, parte de una sociedad occidental mucho más acostumbrada a mirar que a ser vista.

Abstract:

In 1966, the American researchers John Adair and Sol Worth carried out an experiment by having Navajos make their own motion pictures. This project aims to repeat the experiment by placing ten digital photographic cameras directly in the hands of twenty Saharawi children who have left the refugee camps to spend their holidays in the north of Spain.

During eight weeks, the children took photographs of anything they wanted, the way they preferred. Now, the pictures they made have been analyzed, in an attempt to discover not only the children's visual inside view, but also the way they see us, part of a Western society more accustomed to looking in than to being looked at.

Palabras clave:

Fotografía; imágenes fotográficas; niños saharauis; Sáhara Occidental.

Key words:

Photography, photographic images; Saharawi children; Western Sahara

“El único viaje de descubrimiento auténtico no consiste en ir a nuevos lugares sino en tener otros ojos.”
Marcel Proust, *En busca del tiempo perdido*.

1. El proyecto *Con otros ojos*

En 1966, los investigadores norteamericanos John Adair y Sol Worth prestaron siete sencillas cámaras de vídeo a siete Navajos para que grabaran sus propias películas a su manera, con una mínima instrucción técnica. La experiencia fue todo un éxito; los indios lograron reproducir en las imágenes tanto su propia concepción del mundo como su lugar en él.

Este proyecto pretende reproducir aquel ensayo, entregando diez cámaras fotográficas a veinte de los niños y niñas saharauis que el pasado verano de 2009, gracias a la Asociación Burgalesa de Amigos del Pueblo Saharaui, dejaron atrás los campamentos de refugiados para pasar sus vacaciones en la provincia.

Permitimos que, durante los meses de julio y agosto, los niños fotografieran aquello que consideraran digno de fotografiar, del modo en que prefirieran. Así, no sólo se retrataban a sí mismos, sino que también nos representaban a nosotros, parte de una sociedad occidental mucho más acostumbrada a mirar que a ser vista.

Esto es lo más interesante del proyecto pues, aunque es típico de los occidentales ir por el mundo registrando imágenes de los demás como si fueran “los otros”, resulta difícil obtener documentos de esos “otros” mirándonos a los occidentales. Como, además, los fotógrafos eran niños de entre siete y trece años, podemos contar con una mirada más inocente; una mirada que, aunque no esté libre de prejuicios e inhibiciones (a los niños saharauis, como a los españoles, les encanta ver la tele), ha tenido menos tiempo para acumularlos.

1.1. Objetivos

El objetivo principal era obtener un retrato de la sociedad occidental realizado con ojos forasteros, con otro modo de ver. Pero existían otros más específicos, como observar ese modo de ver, especialmente sus modelos cognitivos, su estilo narrativo, su forma de ordenar el espacio... y compararlo con el nuestro.

Sin embargo, no podíamos olvidar que esos ojos, además de ojos forasteros, eran ojos infantiles. Y esto, antes mencionado como una fortaleza, podía convertirse en una debilidad: se corría el riesgo de no saber si los fotógrafos elegían fotografiar lo que fotografiaban y del modo en que lo hacían por ser niños o por ser saharauis. Por eso, decidimos volver a repartir la misma decena de cámaras a otra veintena de niños, esta vez burgaleses, y pedirles que durante el mes de octubre fotografiasen, otra vez, aquello que consideraran digno de fotografiar, del modo en que quisieran. Pudimos, así, confrontar las dos miradas, una saharauí, otra burgalesa, pero ambas infantiles, y conseguir un fascinante acercamiento de las dos culturas que, como se verá más adelante, quebranta algunos de los actuales estereotipos.

1.2. Plan de trabajo

Una vez alcanzado el acuerdo con la Asociación de Amigos del Pueblo Saharaui en Burgos, lo primero fue lograr que veinte niños y niñas saharauis y sus veinte familias de acogida burgalesas se prestaran voluntariamente a participar en el proyecto. No fue difícil.

El proyecto se presentó en las dos charlas informativas organizadas por la Asociación los días 13 y 20 de julio de 2009. La primera fue en Miranda de Ebro, donde se apuntaron cuatro familias, y la segunda en Burgos, donde dieciséis más se mostraron dispuestas a participar.

Se consiguió que prácticamente la mitad de los voluntarios tuvieran niños y la mitad niñas, que la mitad fueran nuevos y la otra mitad veteranos. Esto era fundamental porque teníamos que asegurarnos de que los niños nuevos, aquellos para quienes éste era su primer verano en España, hicieran las fotos durante su primer mes de vacaciones, con la mirada aún fresca. Era imprescindible que registraran el impacto cultural que sin duda vivirían, sus primeras impresiones. Los veteranos, como ya habían venido otras veces, no estarían tan impresionados, por lo que podían esperar al segundo mes de vacaciones para realizar sus fotografías.

Pasado el verano, una vez realizadas las imágenes, los propios niños deberían elegir sus cincuenta fotos favoritas, que serían las únicas que finalmente

formarían parte de la investigación. Esta autoselección, nos ha servido para poder hablar de los distintos valores de las diferentes sociedades a las que pertenecen padres y niños, de las visiones estereotipadas de unos y otros. Analizar las imágenes preferidas por niños nos han permitido, sobre todo, ver nuestro mundo a través de sus ojos.

En cuanto a la muestra de niños burgaleses, se trató de que fuera lo más parecida posible a la de los niños saharauis, para lo que reclutamos veinte niños (nueve niños y once niñas de entre nueve y diez años) del colegio Antonio Machado, un centro de Educación Infantil y Primaria ubicado en el corazón de la ciudad.

1.3. Limitaciones

Desde estas primeras reuniones con las familias de acogida hasta la despedida el 20 de agosto, el equipo investigador apenas tuvo contacto con las familias de acogida. De este modo, pretendíamos evitar todo tipo de condicionamientos, excepto el de no interferir en el modo de fotografiar de los niños. Queríamos que los niños gozaran de la más absoluta libertad, pero no lo conseguimos.

No pudimos saberlo hasta el final cuando, al recoger las imágenes fotográficas y ver que muchos de los niños aparecían en ellas, nos dimos cuenta de que algo había fallado. A pesar de nuestra insistencia, en muchos casos eran los padres de acogida en vez de los niños los que hacían de fotógrafos, por lo que habría que ir con cuidado a la hora de sacar conclusiones. Curiosamente, el problema se repitió en octubre con los niños burgaleses, quienes volvían a protagonizar algunas de las fotografías supuestamente realizadas por ellos mismos. Lo mejor de que en ambos grupos de padres (los de acogida y los biológicos) hubiera habido algunos que no cumplieran la condición de no interferir, fue que como hubo imágenes desechadas en los dos grupos, el inconveniente no afectó al posterior análisis comparativo.

De todos modos, las dos mil imágenes fueron introducidas en una base de datos informática y el equipo pudo emprender la labor de interpretación. Evidentemente, las fotos suscitaron más de una lectura, todas sugerentes.

2. El pueblo saharauí: un conflicto olvidado

El Sáhara Occidental, antiguamente llamado Sáhara Español, está en el extremo más occidental del norte de África, a orillas del océano Atlántico, entre Marruecos, Argelia y Mauritania. Se trata de un desierto más grande que Gran Bretaña, una tierra árida, rocosa y desolada donde apenas viven unas 250.000 personas. Sus costas, sin embargo, son buenas para la pesca, y sus suelos atesoran fosfatos de alta calidad y otras riquezas minerales.

Aunque España sólo ejerciera su control administrativo sobre las tribus saharauis del interior en las últimas décadas, el territorio fue colonia española entre 1884 y 1975. Hace pues, 34 años que Hassan II, el rey de Marruecos, decidido a consolidar el prestigio de su corona “reunificando” la nación, declaró la guerra a España para recuperar lo que él denominaba “Sáhara Marroquí”.

Poco después realizó, junto a Mauritania, una consulta no vinculante a la Corte Internacional de Justicia. La respuesta de la Corte llegó en octubre de 1975 y, como cabía esperar, Marruecos la interpretó a su favor. Entendió que las palabras de la Corte apoyaban su reivindicación histórica sobre el territorio, y anunció la famosa Marcha Verde que expulsaría a los colonialistas del “suelo marroquí”. España, pillada en un mal momento (con Franco a las puertas de la muerte y un futuro político aún por determinar), renunció a su dominación colonial (una sabia mezcla de seducción, chantajes y represión) y dejó que Marruecos y Mauritania asumieran el control.

Pero no todo el mundo estaba de acuerdo con el arreglo y muy pronto, gran parte de la juventud urbana decidió unirse en el Frente Polisario (Frente Popular para la Liberación de Saquia el Hamra y Río de Oro), un movimiento independentista nacido en 1973 con apoyo político y militar de Argelia, Libia y otros países, y comenzar las ofensivas contra el ejército marroquí, que ya para entonces estaba adentrándose en el territorio y obligando a un gran número de saharauis a dejar sus pueblos y huir hacia el este, hacia la frontera con Argelia.

Desde entonces, a pesar de que en febrero de 1976 el Frente Polisario declaró que el Sáhara Occidental era un Estado independiente, la República Árabe Saharaui Democrática (RASD), la guerra no ha terminado. En 1979 Mauritania renunció a su parte del Sáhara Occidental, pero Marruecos aseguró su posición construyendo un muro de 2.000 kilómetros de longitud que aún divide el

territorio de norte a sur. Los combates siguieron hasta que, entre 1990 y 1991, Marruecos y el Polisario firmaron un alto el fuego auspiciado por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Se aprobó un plan de arreglo que debía culminar en un referéndum en el que los votantes decidirían la independencia o la integración con Marruecos, pero ese referéndum no se ha celebrado todavía.

El problema es el censo electoral. Hasta ahora las dos partes en discordia, el reino de Marruecos y el movimiento independentista Polisario, han sido incapaces de ponerse de acuerdo en una de las cuestiones más básicas para organizar un referéndum: ¿quién es saharauí? O, lo que es lo mismo, ¿quiénes pueden y deben participar en la votación?

Para los marroquíes, todas las tribus saharianas vinculadas al antiguo Sáhara Español deberían tener derecho a votar. El Polisario, por su parte, opina que sólo deberían hacerlo los inscritos en el censo español de 1974. Evidentemente, la cuestión no es baladí, pues la definición del electorado en uno u otro sentido implica la victoria de unos u otros. Si votaran todas las tribus, ganaría la integración con Marruecos; pero, si votaran sólo los del censo del 74, la independencia dirigida por el Polisario saldría vencedora.

El conflicto no parece tener fácil solución, y sus consecuencias están resultando trágicas para un pueblo que lleva casi 35 años sin país, repartido entre los territorios ocupados por Marruecos, al oeste del muro defensivo, las zonas liberadas por el Frente Polisario, entre el muro marroquí y las fronteras con Argelia y Mauritania, y los cuatro campamentos africanos de Tinduf, al este del muro, en Argelia, donde se refugian 150.000 saharauis.

El programa Vacaciones en Paz, un movimiento solidario que se desarrolla en la mayoría de las comunidades autónomas españolas desde hace más de diez años, permite que más de 9.000 niños saharauis pasen el verano con otras tantas familias españolas, lejos de los campamentos de refugiados y las duras condiciones del desierto (de junio a septiembre, la temperatura en los campamentos alcanza los 50º a la sombra). Resulta una experiencia positiva para todos: a los niños saharauis les ofrece la oportunidad de aprender español, ir al médico, comer alimentos frescos; y a las familias españolas, de acercarse a otra cultura y ser solidarias.

El programa consigue crear fuertes lazos entre familias que de otro modo nunca hubieran podido conocerse, pues en invierno, muchos españoles viajan a los campamentos de refugiados para visitar a los padres del niño que han acogido durante el verano y dos mundos con culturas, lenguas, creencias y costumbres bien distintas acaban encontrándose.

3. Dos mil imágenes fotográficas

La diferencia siempre ha sido un tema fotográfico, y muchísimos maestros de la fotografía han dedicado prácticamente la totalidad de su obra a retratar al “otro”, definido como aquel que es diferente a uno mismo desde un punto de vista económico, social, cultural o etnológico.

Planeábamos observar las fotografías de estos autores consagrados que han retratado a los otros (Jacob A. Riis, Lewis W. Hine, Walker Evans, Diane Arbus...) e interpretar sus discursos centrando la investigación en su manera de representar esas diferencias, cuando pensamos: ¿por qué respetar la estructura de poder?, ¿por qué estudiar (casi) siempre la mirada que los ricos dirigen a los pobres, los ciudadanos a los campesinos, los bien situados a los recién llegados, los del norte a los del sur, los occidentales a los orientales, los cristianos a los paganos, los hombres a las mujeres, los adultos a los niños?, ¿por qué no ver cómo los “otros” nos devuelven la mirada?

Y, de repente, nos acordamos de los niños saharauis que vienen a España cada verano; niños pequeños, musulmanes, africanos, pobres, ¿cómo nos verían?, ¿cómo representarían nuestras diferencias si se les diera la oportunidad?

3.1. Los motivos

Los autores de mil de las fotografías analizadas son veinte niños saharauis, nueve niños y once niñas, de entre siete y trece años de edad. Diez de estos veinte niños (cinco niños y cinco niñas de entre siete y diez años) nunca habían salido de los campamentos de refugiados donde viven; para los otros diez (cuatro niños y seis niñas de entre siete y trece años), sin embargo, éste era su segundo o tercer verano en España.

Estos chiquillos son unos privilegiados, pues otros se han tenido que quedar en los campamentos de refugiados de Argelia, donde unas 150.000 personas se distribuyen en cuatro núcleos de población, las wilayas o provincias, bautizadas con el nombre de las principales ciudades del Sahara Occidental antes de 1976: Aaiún, Smara, Auser y Dajla.

La mitad de los veinte fotógrafos vienen de Aaiún, cuatro de Smara y cinco de Auser, grandes campamentos con hospital, colegios, oficinas de administración, almacén de provisiones, talleres de artesanía, mecánico, carpintero, panadero, molinero y pozo de agua. Todos están a entre cuarenta y 170 kilómetros de Rabuni, el campamento central, sede de los ministerios de la RASD.

Pero la pregunta planteada al inicio de la investigación era: estos niños, con una vida tan diferente a la de los nuestros, ¿qué fotografiarán? La respuesta pronto estuvo clara: aquello que llama su atención. A estas alturas, los aficionados occidentales lo fotografiamos ya casi todo, pero no deja de haber temas característicos, que repetimos hasta la saciedad: nuestra vida social, nuestras familias, nuestros amigos, nuestros hijos, nuestras bodas, bautizos y comuniones, los paisajes de nuestros pueblos y ciudades, nuestras vacaciones... Retratamos las personas, las cosas, los momentos que consideramos bellos, inauditos o importantes, en definitiva. Y eso mismo es lo que han hecho los niños saharauis, de modo que el simple análisis temático de las imágenes de sus vacaciones en España, permite hablar de sus gustos, su modo de vida y las costumbres de su tierra.

Porque estos niños han fotografiado cosas que nosotros nunca fotografiaríamos (un bolso, el espejo retrovisor del coche, sus pies, una máquina expendedora de refrescos, parte de un muro, su propia sombra, la mesa puesta para cenar, el cartel de los helados, las obras de las calles...) de un modo que nosotros nunca fotografiaríamos.

Además, los motivos se repiten: los animales (perros, gatos, vacas, palomas...), los vehículos de transporte (coches, tractores, camiones, cosechadoras...) y el agua en todas sus formas (piscinas, playas, fuentes, ríos, charcos, aspersores...) son los más fotografiados. Y está claro el porqué. Los campamentos saharauis están emplazados en una tierra abrasada por el sol, tan hostil que nadie antes se había atrevido a habitarla; un desierto rocoso, con fuerte viento y temperaturas

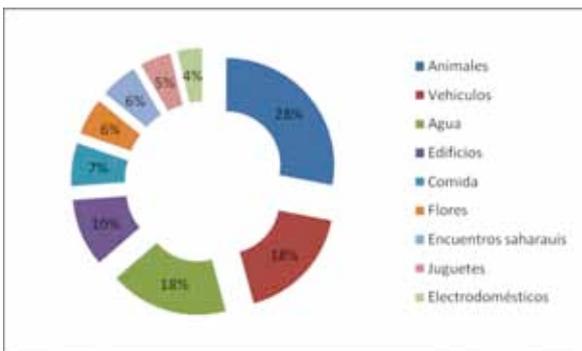
extremas. No se suelen ver, a excepción de los dromedarios y las cabras que pastorean, demasiados animales por allí; tampoco grandes vehículos (todos los niños caminan cada día entre dos y tres kilómetros para ir al colegio), ni mucho menos pastos ni agua.

Como viven en tiendas de lona, las jaimas familiares, les impresionan mucho los edificios altos. Lo curioso es que retratan con el mismo entusiasmo las modernas viviendas de ladrillos rojos, las torres de cualquier iglesia de pueblo, un castillo en ruinas y la Catedral de Burgos; sin otorgar a los monumentos un reconocimiento ni un tratamiento especial.

También registran alimentos para nosotros tan habituales como la fruta fresca, los helados o tartas de cumpleaños y, cómo no, los juguetes. Puzzles, muñecas y ositos de peluche son, junto a los plátanos o las cerezas, los protagonistas de una especie de bodegones fotográficos muy raros a nuestra vista.

La naturaleza, el campo verde, las flores, los girasoles aparecen a menudo, al tiempo que el interior de las viviendas familiares. La cocina, sus dormitorios y

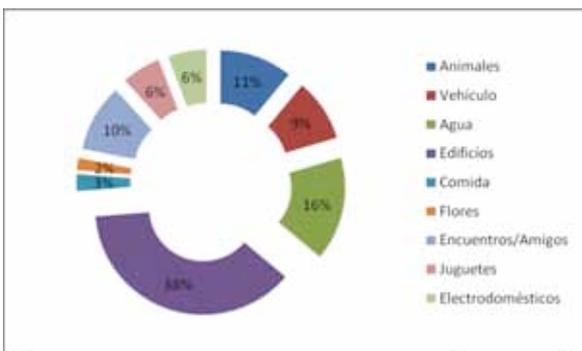
pequeños electro-domésticos como la televisión o la nevera se reproducen una y otra vez, como recordándonos la austera vida de los campamentos, donde el suelo se cubre con alfombras y las noches se alumbran con gas butano.



1. Motivos saharauis

Hasta aquí el estereotipo. A partir de aquí, el estudio comparativo de los motivos fotográficos elegidos por los niños saharauis y por los burgaleses que, aunque sirve

para validar algunas de las hipótesis anteriores, refuta otras. Entre las ideas reforzadas están las de la especial querencia por parte de los niños africanos por animales (28% a 11%), vehículos (18% a 9%), alimentos (7% a 3%) y flores (6% a 2%).



2. Motivos burgaleses

Las piscinas, playas, fuentes, ríos, charcos y aspersores captados por los saharauis, sin embargo, sólo ganan 18% a 16% a los grifos y las fuentes de los burgaleses. Teniendo en cuenta que, además, las fotos de éstos últimos fueron realizadas en octubre y no durante los meses de verano, parece prudente pensar que el agua no es tanto un tema saharauí como infantil. La comparación cuantitativa de las imágenes de juguetes y electrodomésticos vuelve a desconcertarnos: los primeros aparecen en el 5% de las fotos saharauis y los segundos sólo en el 4%, mientras, en el caso de las fotos burgalesas, el porcentaje de ambos asciende al 6%. ¿Cómo es que unos niños que apenas tienen juguetes y viven en tiendas de lona junto a las que se alzan cuartos de adobe con retrete, lavadero, cocina y agua de pozo se sientan menos atraídos por las comodidades que nuestros propios hijos?, ¿será que no les dan importancia?, ¿que su sentido de la propiedad no está tan arraigado?

La última sorpresa nos la dieron las fotografías de edificios, el motivo más ampliamente reproducido por los niños de Burgos. Iglesias, palacios, monasterios y otros edificios majestuosos protagonizan el 38% de todas sus imágenes, cuando en las de los niños del Sáhara los inmuebles apenas suponen el 10% y ni siquiera tienen por qué ser majestuosos. La razón de esta gran diferencia podría estar en esa costumbre tan típica del turista occidental de inmortalizar las piedras. Puede ser que los hijos trataran de imitar aquello que sus padres hacen en vacaciones: sacar la cámara para fotografiar los monumentos que se cruzan en su camino.

Si, en lugar de clasificar las fotografías de los saharauis por motivos, lo hacemos por géneros, los resultados también son sorprendentes. Teniendo en cuenta los cuatro típicos géneros pictóricos, a saber, retrato, desnudo, bodegón y paisaje, vemos que el 68 % de las imágenes son retratos. Evidentemente, no esperábamos encontrar ningún desnudo (los niños son niños y éstos además, aunque tolerantes, son musulmanes), pero sí más paisajes. Suponíamos que tanto la ciudad de Burgos, con sus maravillosos edificios históricos, como los montes de la provincia llamarían poderosamente la atención de los niños, pero no. Los paisajes rurales representan tan solo el 14% de las imágenes, y los urbanos, el 12%.

Estos datos podrían hacernos pensar que las cosas pequeñas, junto con la familia de acogida, los amigos, los afectos, sean más importantes a esa edad. De ahí la cantidad de bodegones (el 6%) que representan en primer plano alimentos, juguetes o flores, tan corrientes para nosotros, tan ordinarios, que jamás nos hubiéramos molestado en registrarlos con nuestras cámaras. Una vez más, sin embargo, las fotos de los niños burgaleses obligan a replantear la cuestión, pues, a pesar de tener la misma edad, sus prioridades parecen muy diferentes: en el lugar que en las imágenes africanas ocupaban los retratos están ahora los paisajes urbanos, que son más del 58% (los rurales no llegan al 2%); y las cosas (los bodegones representan el 26% de las imágenes) ganan terreno a las personas (los retratos son el 14%).

Esto podría resumirse así: mientras los saharauis eligen mostrar (y guardar para el recuerdo) las personas y el campo, los europeos prefieren la ciudad y las cosas. Esto podría explicarse porque los primeros tendrán que despedirse de amigos y padres de acogida al final del verano, y porque los segundos, al encontrarse en periodo escolar, pasan más tiempo en las calles de la capital que en plena naturaleza. No obstante, sirve también para confirmar la sensación anterior, esa de que quizá nuestros niños sean más materialistas...

3.2. Los fotógrafos

Como ya hemos dicho antes, los autores de mil de las dos mil fotografías estudiadas son nueve niños y once niñas saharauis, de entre siete y trece años. La mitad de ellos, los nuevos, jamás habían estado en España; la otra mitad, los veteranos, ya habían pasado uno o dos veranos en el país. Y hay diferencia en sus miradas.

La más significativa es quizá que las niñas hacen muchos más retratos que los niños (86% a 57%), al parecer más interesados en el paisaje que les rodea (34% a 11%). Esto puede explicarse porque, tradicionalmente, y aún más en las sociedades islámicas, las mujeres pertenecían a la esfera privada mientras los hombres se dedicaban a las cosas públicas.

Actualmente, en los campamentos de Tinduf, son las mujeres quienes dirigen y organizan colegios, precarios hospitales y administración, porque la mayoría de

los hombres están en el ejército. Las mujeres suman, además, el 34% del Parlamento saharauí y tienen carácter. Pero también son las que hacen las labores domésticas y cuidan de los niños así que, en cierto modo, ellas siguen estando más ligadas al interior del hogar y ellos al exterior.

Esto aclararía también el hecho de que las niñas prefieran los modelos humanos por encima de los niños (71% a 63%), aunque deja en suspenso otra curiosa cuestión: ellos sacan casi el doble de fotografías a su familia de acogida que ellas (57% a 33%), que eligen retratar a sus amigas saharauis.

He aquí otra paradoja: aunque los niños fotografíen a la familia en muchas más ocasiones, apenas realizan retratos individuales del padre o la madre de acogida; prefieren retratar a la familia al completo, a los hermanos o a los abuelos. Las niñas, sin embargo, casi siempre utilizan a la madre o (en menor medida) al padre como modelos.

En cuanto a las diferencias entre los niños recién llegados y los que ya llevan unos cuantos veranos visitándonos, lo más destacable es la occidentalización de su mirada.

Se observa que los veteranos empiezan a imitar nuestras convenciones, posando y sonriendo para sus autorretratos. Además, centran a sus personajes y fotografían más personas y menos cosas. Aunque algunos motivos sigan siendo poco apropiados (el agua, las flores y las tartas les siguen fascinando...), otros más típicos, como la Catedral, aparecen más veces.

Se atreven, asimismo, a jugar con el significado del acto fotográfico, haciendo fotos a los fotógrafos de prensa que se acercan a ellos para fotografiarles, y también a los otros niños saharauis mientras les apuntan con sus cámaras.

Lo más significativo de los fotógrafos europeos, veinte niños burgaleses, nueve niños y once niñas de entre nueve y diez años, es que apenas haya diferencia entre la mirada masculina y la femenina. No hay abismos en los gráficos, como si la distancia entre ambos sexos estuviera ya superada. Es cierto que, igual que los saharauis, los niños burgaleses hacen más paisajes que las niñas (66% a 56%) y las niñas más retratos (16% a 12%), pero la disparidad es mucho menor.

Con los modelos sucede lo mismo. Niñas y niños se centran en fotografiar cosas, personas y animales en prácticamente idéntica proporción, aunque es cierto que

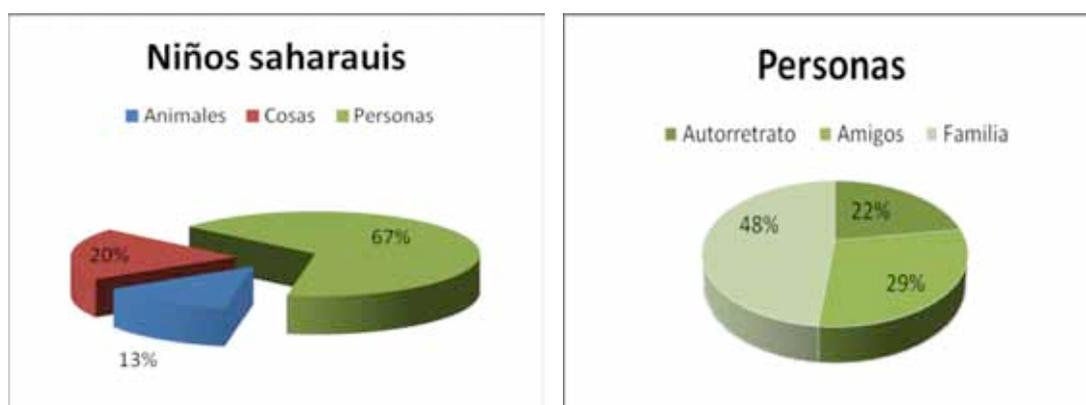
el protagonismo que las niñas conceden a las personas (36% a 30%) los niños se lo reservan a los animales (18% a 12%). Igual que las niñas saharauis, también las burgalesas prefieren a los modelos humanos y, curiosamente, las extrañas diferencias anteriores se repiten: si los niños saharauis sacaban casi el doble de fotografías a su familia de acogida que ellas, los burgaleses hacen cuatro veces más fotos familiares que las burgalesas (37% a 9%), quienes vuelven a preferir retratar a sus amigas (48% a 25%).

Las diferencias entre saharauis y españoles vuelven a apreciarse, otra vez, en el menor contraste entre sexos observado en el segundo grupo. El porcentaje de autorretratos, por ejemplo, idéntico en el caso de niños y niñas españoles (un 13%), cambia muchísimo en el caso saharauí, en el que los niños se autorretratan más del triple de veces que las niñas (30% a 9%). De esto podría deducirse que mientras niños y niñas españoles se tienen a sí mismos en idéntica consideración, y los niños saharauis no parecen tener precisamente problemas de autoestima, las niñas saharauis se dan bastante menos importancia que el resto.

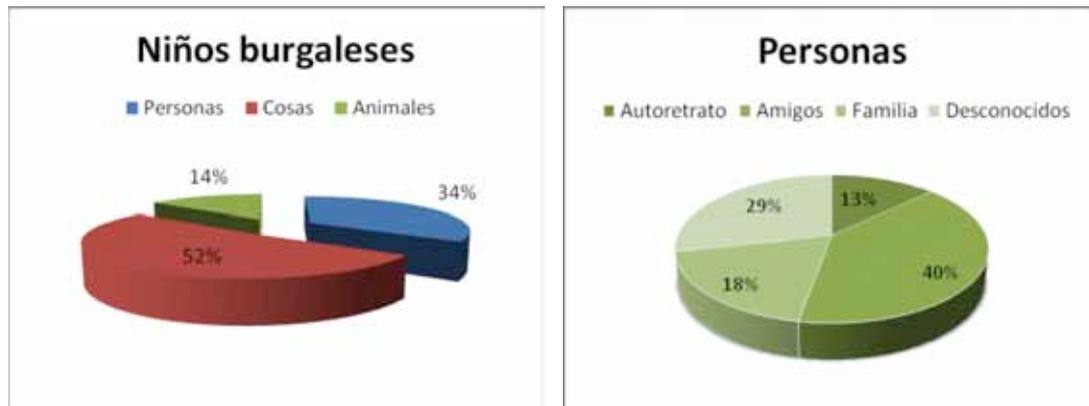
Los retratos a desconocidos suponen otra divergencia importante. Resulta turbador y difícil de explicar, pero un 30% de los retratos de las burgalesas y un 25% de los burgaleses son retratos de desconocidos, cuando resulta muy difícil encontrar uno solo en las imágenes de los saharauis de ambos sexos.

3.3. Los modelos

Aunque al describir los principales motivos fotográficos hayamos destacado la presencia de extraños bodegones y numerosos animales en la colección saharauí, en la mayoría de ocasiones (un 67%), los modelos representados son personas. Abuelos, padres, madres y hermanos de acogida, vecinos, amigos



saharauis, unos pocos desconocidos... todos encuentran su espacio en las fotos de los niños.



Naturalmente, la familia aparece en mayor medida, con los padres como protagonistas. Las madres son fotografiadas algo más a menudo (sobre todo por las niñas) pero lo más inquietante es que sólo ellas son retratadas en primer plano, de cerca, mirando directamente a la cámara. Los padres se fotografían a cierta distancia y, normalmente, concentrados en alguna tarea (hablando por teléfono, sacando la compra del coche...) o parapetados detrás de algún objeto (una puerta, una mesa, una cerveza...). Destaca la presencia de abuelos y ancianos tíos, casi tantos como padres, que además son captados con cariño. Y es que la cultura saharauí venera y respeta a los ancianos.

Claro que los niños más mayores también sacan chicas guapas sonriendo al objetivo, mientras las niñas se concentran en sus amiguitas.

Probablemente porque los saharauis son gente tímida y reflexiva, con un gran sentido de la dignidad, los autorretratos han resultado ser todo un género. Los pequeños se retratan a sí mismos casi tantas veces como retratan a sus amigos, y los niños se hacen el triple de autorretratos que las niñas. Parece que utilizaran la cámara como un espejo, confrontando su mirada con ella, haciendo muecas, frunciendo el ceño... Sólo las niñas sonríen, los niños se asoman desconfiados al objetivo.

Un último vistazo a los porcentajes de la colección de fotografías burgalesas confirma lo dicho hasta el momento. La comparación de estas dos parejas de gráficos deja bien claro que, al contrario que nuestros niños, los saharauis

prefieren reflejar personas en lugar de cosas, ponen la familia muy por delante de amigos y desconocidos, y se retratan a sí mismos más veces.

3.4. Los momentos y los escenarios

El estudio deja claro que tanto los saharauis como los burgaleses eligen hacer sus fotos a la luz del día (94% saharauis, 68% burgaleses) y en el exterior (71% saharauis, 66% burgaleses). Esto es algo absolutamente lógico porque todos son niños y los niños se acuestan temprano y pasan todo el tiempo que pueden jugando en la calle.

El que los saharauis superen a los burgaleses tanto en número de fotos realizadas de día como en exteriores, podría explicarse porque en su caso el experimento coincidió con los meses de verano, cuando hace calor, los días son más largos, y calles, plazas, piscinas, playas y jardines sirven de escenario a la mayoría de actividades infantiles. Era de esperar, también, que los niños africanos se sintieran especialmente atraídos por la luz, no en vano vienen de uno de los lugares más luminosos del mundo.

3.5. Los modos de representación

El análisis formal ha sido el más sugestivo de todos pues, como era de esperar, los cambios culturales implican cambios en el modo de representación. Así, los niños saharauis no sólo no fotografían lo mismo que nosotros fotografiaríamos, sino que además no lo hacen como nosotros lo haríamos. Sus ojos se posan sobre nuestra sociedad, observándola desde otro punto de vista y representándola de otro modo.

Como los fotógrafos son niños que apenas sabían sostener una cámara, la mayoría de las imágenes no son técnicamente adecuadas. Muchas de ellas se acercan a la fotografía de familia, con métodos no demasiado precisos y errores debidos al azar. Esto sucede tanto en el caso saharauí como en el burgalés, pero es más evidente en el primero, donde el número de fotografías en las que sujetos u objetos aparecen cortados asciende al 16%, frente al sólo 2,5 % de las segundas. El porcentaje de fotografías nítidas apunta en la misma dirección,

pues sólo el 4% de las fotos burgalesas están desenfocadas, frente al 6% de las saharauis y, en todos los casos, esta falta de nitidez es accidental.

Podemos decir, entonces, sin temor a equivocarnos, que los niños del Sáhara no hacen fotos técnicamente perfectas, pero sí estéticamente interesantes. Porque los autores, de forma inconsciente, han sido capaces de trasladar su visión del mundo a sus modos de representación, y sus formas son tan poco convencionales, tan modernas, que hacen pensar en las vanguardias artísticas.

Desde el primer vistazo, la composición de la mayoría de las imágenes de la colección extraña a nuestros ojos. Son sin duda fotografías raras, representaciones que parecen responder a otra forma de entender el mundo: primerísimos planos que niegan toda proporción haciendo que los modelos se vean enormes, encuadres asimétricos, descentrados y poco o nada equilibrados, ángulos increíbles... La clásica concepción de la perspectiva apenas está presente, la ley de tercios se cumple en contadas ocasiones y el desorden prevalece sobre todas las cosas.

Atendiendo a las cifras vemos que, mientras el porcentaje de fotografías desproporcionadas en la lista de los niños de Burgos no llega a alcanzar el 1,5%, en la de los saharauis asciende al 25,5%. En el primer caso, además, la desproporción sucede porque los niños no parecen darse cuenta de que algo (una señal, una farola) se interpone entre la cámara y su modelo. En el segundo, sin embargo, lo que ocurre es que los niños se sitúan demasiado cerca o demasiado lejos de su objetivo, provocando que los pesos se distribuyan de forma desequilibrada. A pesar de que en ambos casos más del 90% de las imágenes sean asimétricas, sólo el 3% de las fotos burgalesas están descentradas, poquísimas, si las comparamos con el casi 20% de las saharauis.

Lo más significativo de todo es quizá que, como los niños viven en el desierto, en jaimas sin ventanas ni habitaciones, no entienden bien la idea de marco, interiorizada por los occidentales siglos atrás gracias a la pintura. Por eso sus retratos nunca están del todo encuadrados, como si eso no importara en absoluto. Por el mismo motivo, tampoco sus modelos aparecen centrados; y es fácil que la cosa, el animal o la persona fotografiados aparezcan cortados, relegados al fondo de la imagen, o en cualquiera de sus esquinas...

Justo al contrario que nuestros niños, que crecen abriendo y cerrando ventanas, cruzando puertas, habitando habitaciones cuadradas y, sobre todo, mirando pantallas. Desde bien pequeños, viven pegados a la televisión, al ordenador, al teléfono móvil, la a la consola... pantallas grandes y chicas, pantallas luminosas, que van influyendo en sus vidas sin que sean demasiado conscientes de ello. Quizá no lo sepan, pero esa arraigada costumbre de ver el mundo desde ahí, hace que lo real sólo les parezca significativo cuando aparece en esas pantallas. Como si la realidad únicamente pudiera creerse, entenderse, asimilarse convertida en ficción.

Un análisis estrictamente formal, en el sentido de morfológico, de las imágenes fotográficas de unos y otros corrobora esta idea de la ausencia de marco en las fotos africanas y su sempiterna presencia en las europeas.

Los ángulos de las imágenes saharauis, por ejemplo, son caprichosos y muchas imágenes muestran violentos picados y contrapicados. Debido a su corta estatura, es natural que los niños fotografíen a los adultos en contrapicado, pero el hecho de que algunos sean brutales tampoco parece molestarles. Como hemos dicho, los saharauis utilizan la cámara como una extensión de sus propios ojos, no fuerzan el encuadre, no piensan en el ángulo, no construyen escenas. Al contrario que los niños españoles, no buscan imágenes atemporales, sino instantáneas cuyo ritmo, cuya tensión son más fruto de la suerte que de la planificación.

Y los números vuelven a darnos la razón. Si los saharauis fotografían en picado en un 28% de ocasiones, los burgaleses lo hacen en un 3,3%. Los contrapicados de los primeros, por su parte, triplican los de los segundos (14% a 4%). Los saharauis, además, tienen una mayor tendencia a inclinar la cámara a la derecha o a la izquierda, en lugar de utilizar la posición normal, a saber, la vertical, formando ángulo de noventa grados.

La angulación de las fotografías, junto con el tipo de plano, responde también a dos de las preguntas clave surgidas al principio de la investigación: ¿cómo ven los niños saharauis nuestra sociedad?, ¿cómo la representan? Bien, pues, en picado, es decir, con admiración, se retratan a sí mismos, captan a sus abuelos, padres y madres de acogida, y muestran los edificios más altos, torres, iglesias, estatuas y, por supuesto, la Catedral de Burgos. En contrapicado, o sea, con una

cierta desconsideración, plasman animales (perros, gallinas, gatos), flores y cosas como vasos, tartas, piscinas o juguetes.

Pero esta explicación resulta, sin duda, algo simplista. No puede deducirse de estos datos un sentimiento de respeto o devoción por familias de acogida y monumentos burgaleses, y de desprecio por animales y cosas. Porque puede que la razón sea mucho más fácil todavía y que los niños, bajitos como son, apunten a lo alto para inmortalizar modelos grandes y, en vez de agacharse, decidan mirar hacia abajo para los pequeños.

En cuanto a los tipos de plano, lo más extraordinario de la comparación es la mayor cantidad de primeros planos y la menor cantidad de planos generales de las fotografías africanas. A partir de ahí, todo son coincidencias entre unas y otras.

Pero vayamos poco a poco. Para empezar los primeros planos, que constituyen prácticamente la mitad de las imágenes saharauis (el 48%), apenas suponen el 34% de las burgalesas. No obstante, los motivos de ambas son muy parecidos. En las burgalesas, vemos a los propios niños, a las madres, hermanos y mascotas, y también objetos cotidianos como juguetes, cromos, fotos, teléfonos móviles, ordenadores, libros... Ni un solo padre está retratado en primer plano.

Algo parecido sucede con los padres de acogida del grupo de niños saharauis, que sólo aparecen en primeros planos medios, unos planos un poco más alejados que los primeros que cortan la figura por medio del pecho. Esto es destacable porque, si sólo hubiéramos visto las imágenes de los niños musulmanes, seguramente hubiéramos caído en la tentación de atribuir esto a una mayor distancia, un mayor respeto, hacia los hombres. Al igual que los españoles, los saharauis reservan los planos detalle y los grandes primeros planos para ellos mismos, sus rostros, sus ojos; otros seres vivos como perros, árboles y flores, y algún que otro objeto cotidiano.

Los planos medios son los menos en ambos casos, un 27,5% en el caso saharauí y un 25% en el español. Aquí es donde los primeros retratan tanto a su familia de acogida (padres, madres, hermanos y abuelos) como a sus amigos saharauis. Y aquí es donde los segundos retratan a sus amigos del colegio.

Así, tomando la distancia física apreciada en las imágenes como metáfora de la distancia emocional, podríamos decir que los veraneantes extranjeros se sienten más cerca de sus familias de acogida, retratadas de cintura para arriba, que de sus vecinos y amigos saharauis, quienes aparecen sobre todo en planos americanos, cortados por debajo de las rodillas. Pero también podríamos decir que los niños burgaleses se sienten, entonces, más lejos de sus padres que de sus amigos, lo que a esa edad, todavía sería de extrañar... Lo que es seguro es que éstos dan la presencia de sus padres por descontada mientras que los saharauis saben que el verano pasará pronto y quieren llevarse las fotos de sus familias españolas para el recuerdo.

La diferencia más grande entre saharauis y burgaleses, sin embargo, está en los planos generales, que representan un 24% de las fotos de los primeros y un 41% de las de los segundos. En este punto, todos fotografían familias enteras, desconocidos y multitudes, sólo que donde los saharauis muestran vacas, perros, gatos, otros felinos enjaulados (tampoco es cuestión de acercarse mucho a los leones, por razones obvias), camiones, tractores, cosechadoras, caminos, carreteras, plazas, edificios, estatuas, campos de fútbol, canchas de tenis, árboles y playas; los burgaleses prefieren paisajes más reconocidos como la ribera del río Arlanzón, la Plaza Mayor, la Catedral o la Cartuja de Miraflores.

La razón de esta preferencia está, otra vez, en las convenciones, mucho más arraigadas en nuestros niños que en los del desierto. Porque es verdad, lo hemos comprobado, que los niños son niños aquí y en el Sáhara, pero también lo es que cada cultura marca importantes diferencias. Y las imágenes de los saharauis son imágenes hermosas, todo un descubrimiento, tanto por lo que muestran, pues sus motivos no son en absoluto cotidianos, como por el modo en que lo muestran, tan original, tan poético, en el sentido menos renacentista y más moderno de la palabra.

Referencias bibliográficas

- BÁRBULO, Tomás (2002): *La historia prohibida del Sáhara* Español. Barcelona: Destino.
- COLLIER, John (1986): *Visual Anthropology: Photography as a Research Method*. Albuquerque: University of New Mexico Press.

- EWALD, Wendy (1985): *Portraits and Dreams: Photographs and Stories by Children of the Appalachians*, New York: Writers and Readers Publications.
- EWALD, Wendy (1992): *Magic Eyes: Scenes from an Andean Girlhood*. Seattle, WA: Bay Press.
- FYFE, Gordon and LAW, John (1988): *Picturing power: Visual Depiction and Social Relations*. London: Routledge.
- GARCÍA, Alejandro (2010): *Historia del Sáhara y su conflicto*. Madrid: La Catarata.
- HIGHT, Eleanor M., and SAMPSON, Gary D. (2002): *Colonialist Photography. Imagining race and place*. New York: Routledge.
- JENSEN, Erik (2005): *Western Sahara: Anatomy of a Stalemate*. Colorado: Rienner.
- MÚJICA, Bárbara (1993): Magic Eyes: Scenes from an Andean Girlhood. En: *Americas*, English Edition, vol. 45, no. 5, pp. 60-61.
- PAZZANITA, Anthony G. (2006): *Historical Dictionary of Western Sahara*. 3rd ed. Maryland: Scarecrow Press.
- PINNEY, Christopher and PETERSON, Nicolas (2003): *Photography's Other Histories*. Durham and London: Duke University Press.
- VISONÀ, Monica Blackmun (2001): The Sahara and the Maghreb. En: *A History of Art in Africa*. New Jersey: Pearson/Prentice Hall.

Imágenes saharauis





